

# Álvaro Mutis

## me lo dijo



Álvaro Mutis. (Fotografías: Quim Llenas/  
Cover/Getty Images)

*Jesús Vicente García*

I

—¿Tú por qué lees? ¿Para qué sirve? ¿Quién te dice qué leer y por qué? ¿En qué te basas? ¿Cómo se conforma el gusto literario? ¿Cómo convencer al otro para que lea? ¿Quién es quién para recomendar, criticar, elogiar, rechazar, calificar o dignificar una obra o un autor? ¿Quién marca, señala y puntualiza lo que es un clásico? ¿Quién o quiénes forman y conforman el canon literario?

Las preguntas caen cual lucecitas de navidad en esas avenidas gigantes, como Insurgentes. Y justo ahí voy con Basilio en su auto, quien pregunta todo el tiempo cosas. ¿Por qué yo?

—Porque tú escribes, tú lees, tú compras libros.

—Tú das clase de español y literatura, tú te actualizas, eso creo, tú tienes que convencer a los jóvenes para que lean; yo no.

—Tú también estudiaste letras, eres corrector, eres ojete, entre otras cosas, eres un lector, y lo demás de tu vida pues me lo imagino, casi no me platicas de eso.

—Mi vida no es más interesante que la tuya. Eso de ojete, omítelo, no vaya a ser que como en el Quijote alguien escriba después esta charla, la publique y ruede por el mundo en los siglos venideros.

—Además eres mamón. ¿Quién va a escucharnos?

—Lo mismo se cuestionó Sancho.

—Entonces respóndeme eso de por qué lees, qué lees, para qué.

No sé exactamente qué decir. Me veo a mí mismo, hace más de veinte años, flaco, con el cabello largo, sin mayor gracia, no era guapo ni mamado, ni cantaba, ni bailaba, ni hacía chistes, simplemente me gustaba leer y escribir poemas, si es que a eso se le puede llamar así. Regreso a la idea principal: y a todo esto, ¿para qué tanta pregunta?

—En la prepa habrá la semana de la lectura y quieren que alguien dé una conferencia o charla para decirles a los alumnos todas esas respuestas y me acordé de ti. Pensé hacerlo yo, pero me dije: vamos a darle chance a los arcaicos, que dicen que saben más.

—¿Sí sabes que hay ensayos, tesis, libros, ponencias y anexas acerca de la lectura, de su recepción, de su proceso y muchas de esas linduras?

—No le voy a decir eso a los chavos de prepa, con trabajos y entran a las librerías de viejo a donde los he enviado.

—Subestimar no es el camino.

Veo a las damas caminando sobre Insurgentes, bien vestidas, abrigadas contra el viento álgido. La escenografía: luces de navidad intermitentes. Basilio empieza a fumar. Me siento cansado después de un partido mañanero de básquet. Tengo hambre y quiero estar en casa, descansar, para después —cual esclavo de la industria editorial— irme al trabajo, rodar y rodar por la chuleta, como los casetes ochenteros... ¡eso es, mis cintas! Recuerdo que tengo unas charlas con escritores que fueron al Bachilleres hace ya algunos años.

—¡A casa rápido, Basi, como vas! Otro día vamos a comer a esos dichosos pozoles.

## II

En la noche lo invito a casa para que escuche estas joyas que tiene mi biblioteca.

—A mí, Álvaro Mutis me dijo que hay que leer por el mero placer, de otra manera esa lectura forzada no serviría para nada.

—Ajá, y a mí me dijo Carlos Fuentes que no te hiciera caso. Ahora resulta que Mutis fue tu amigo.

—Jamás dije eso, pero en una charla que tuvimos lo comenté. Íbamos en una camioneta con todo y chofer, con la maestra Lilia Márquez, rumbo a un plantel del Colegio de Bachilleres, allá por Azcapotzalco; yo escribía en esa gaceta. Por eso lo conocí. Para esos años yo había decidido ya ser escritor, y cuando uno de ellos decía su propia experiencia, se me hacía algo lejano e imposible que yo siguiera esos pasos. Todos esos escritores eran y son mis maestros, y sus palabras eran enseñanzas.

—¿Y quiénes más fueron?

—Un montón, pero nomás te nombraré los que ahorita recuerdo: Arrigo Coen, René Avilés Fabila, Bernardo Ruiz, Fabianne Bradu, Armando Ramírez, Emiliano Pérez Cruz, Mariana Bernárdez, Dolores Castro, en fin, muchos que ni idea tienes. En esos años tú eras un moco embarrado en la pared.

—¿Y Mutis cuándo fue?

—Hace casi veinte años. Mira, esto se llama casete. Ponle oreja al asunto.

Oprimo *play*, un sonido que se le llamaba gis y que era precisamente como un gis que pasa por el pizarrón, se adueñó de la biblioteca; ahora la tecnología lo ha eliminado, pero quienes escucharon cintas y discos lo conocieron muy bien. Entra la voz de Álvaro Mutis.

Aún lo recuerdo, fue en el plantel 18, Tlilhuaca-Azcapotzalco, la mañana del 18 de noviembre de 1994.

—Yo tenía siete años.

—Sigues teniéndolos.

Basilio se queda embobado, como en los tiempos en que alrededor de la radio la familia veía con los oídos, desarrollaba la capacidad de imaginación. Manipula su celular. Me muestra imágenes de Mutis. No pude creer que yo lo haya conocido. Atendemos al maestro que platica a los alumnos sus comienzos como escritor, su primer poema publicado en *El Espectador* de Colombia, que prefería leer a estudiar y por eso no acabó el bachillerato, sus trabajos ajenos a la literatura, su doblaje en *Los Intocables* —él era el narrador—, su gusto por el buen vivir, cómo nació Maqroll el Gaviero, primero en su poesía, luego en su narrativa. Su voz impresiona a Basilio, sus tonos, lo que afirma respecto de la lectura y lo que les dice a los chavos para romper el hielo:

Nada me puede hacer más feliz, ni nada me puede dar a mí mayor satisfacción que escucharlos y estar en contacto con una juventud que yo admiro inmensamente. [...] No tengo nada que enseñarles [...] [ustedes] me están enseñando algo que me da mucha esperanza y es que la literatura, la poesía, siguen vigentes, a pesar de que en esta época cada vez más hay una serie de actividades que reemplazan la literatura y que está tomando el lugar de las letras, de la poesía y no siempre con fortuna, no siempre con nobleza. El que ustedes estén aquí, presos en este salón por la palabra escrita, me dice que no he perdido el tiempo escribiendo los renglones que he escrito.

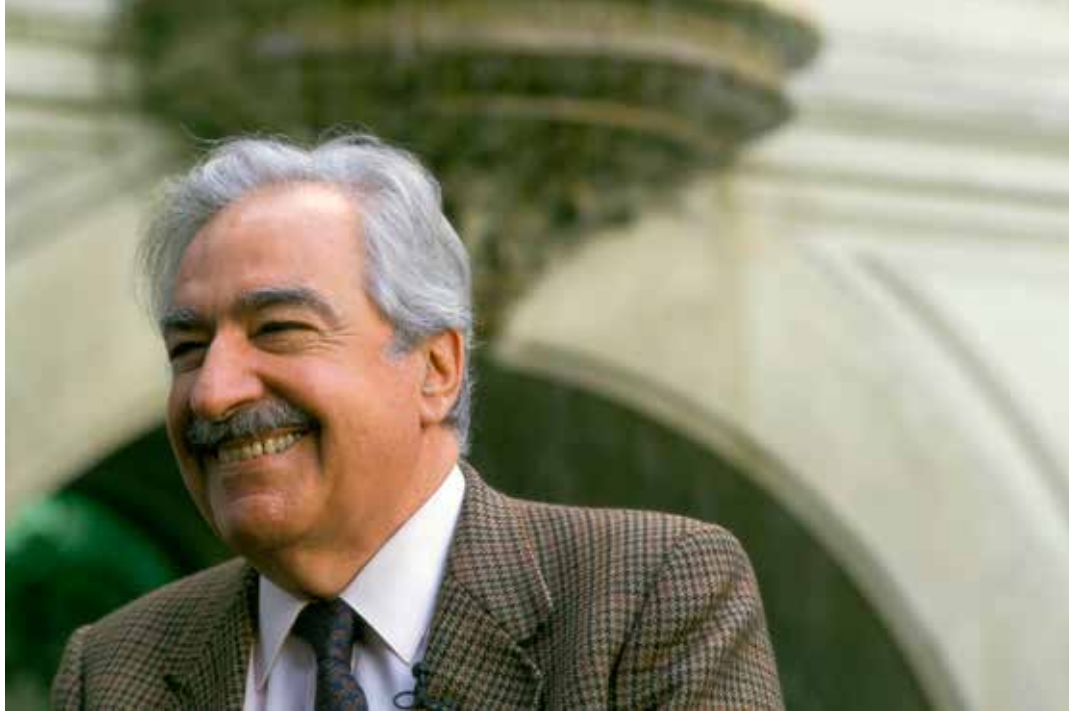
Yo he sido desde niño un lector devorante, pero, por favor, no vayan a seguir este ejemplo,

he sido un pésimo estudiante. Desde muy joven leí los clásicos españoles, franceses. Mi primer idioma fue el francés. [...]

Tengo la convicción de que la única manera de tener una lectura que nos enriquezca y que nos sirva y que en verdad nos dé algunas claves para saber vivir y enfrentar los problemas de la vida, que son muchos, la única manera de recibir esa lección de los libros es leerlos por placer.

Les voy a pedir un favor muy grande para el resto de su vida: no vayan a leer libros que les aburran. Los libros que les aburren no valen la pena, [...] pero si les aburre, olvídense, porque no les va a enseñar nada. Lean para distraerse, lean porque les gusta leer, no lean por obligación. El “hay que” que la vida les va a imponer y que ya les está imponiendo ahora, el ‘hay que’, en literatura, no funciona.

Si están leyendo una novela de la señora Corín Tellado y les está divirtiendo, léanla, porque algo les va a dejar, algo les va a decir y por ese camino irán poco a poco leyendo cosas mejores, más afortunadas, que los enriquezca de verdad, pero siempre por el camino del placer. Esto desde luego es muy fácil decirlo a los setenta y un años que cumplo. Un gran amigo mío, Gabriel García Márquez, dice que yo soy un especialista en leer unos ladrillos absolutamente insoportables; tiene razón, pero esos ladrillos a mí me gustan. Una vez esa frase me la dijo porque me encontró leyendo un libro sobre el sistema aduanal y las leyes aduanales de Bizancio de los años 1150 a 2500, y me dijo: cómo se puede leer semejante ladrillo tan terrible. Le dije que me estaba divirtiendo enormemente [...] Pero sigo leyendo *Los tres mosqueteros*, de Alejandro Dumas [...] la acabo de leer ahora que estuve en París con el prólogo de un gran amigo mío y me pareció una excelente novela [...] nos enseña la inutilidad y la imposibilidad de la venganza.



### III

—Lástima que a veces el programa institucional está por encima de los gustos literarios —dice Basilio, después de escuchar hora y cachito de Álvaro Mutis—. Pero lo que dice el maestro es cierto: es la base para emprender el camino para leer.

Termino aceptando mi visita a la semana de la lectura en la escuela donde da clase. Me agenda, me da las gracias por mostrarle esas cintas. Quiere que le preste dos casetes más; no se lleva nada, esas son mis joyas.

—Hay material para un libro —afirma.

Bebemos café. Malena y yo escuchamos la perorata del joven profesor, aquello de leer por placer, porque si aburre no sirve para nada. Y agrega:

—Fíjense, yo que me sentía mal porque dejé de leer *Diablo guardián*, de Velasco, no llegué más allá de las trescientas páginas, me aburrí; *Mujeres de ojos grandes* y *Puerto libre*, de Mastretta, qué güeva y qué superficiales; *Suerte con las mujeres*, de Luismi Aguilar; *El fin del mundo y un despiadado país de las maravillas*, de Murakami, tampoco, y miren que éste me lo regaló Briseida; con él sí me saqué de onda, porque veo que tiene más fans que la Banda del

Recodo y hasta lo candidatean para el Nobel. Luego me pregunta si ya lo estoy leyendo y le digo que está esperando su turno.

—Ya no sigas, vas a terminar diciendo que no pasaste de los epígrafes de *Bajo el volcán*, de Lowry.

—Yo por pura disciplina acabé de leer *Diez negritos* de Agatha Christie —agrega Malena.

—¿En serio? Lo bueno es que ya nos dijo Mutis que no hay problema, así que fue mejor escucharlo que ir a la cantina a desahogar las penas.

—¿Qué penas puedes tener a tus veintiséis primaveras? —comenta Malena con su playera de manchas de vaca y su taza con distintivos de navidad.

—En primera, no acabar de leer un libro; en segunda, no te creas, si te contara lo que me hizo Bris, o bueno, también yo tuve la culpa, porque todo comenzó por un libro que me dio una alumna bien guapa...

No, hoy no quiero saber nada de amores y desamores después de haber escuchado al maestro Mutis. Malena interpreta mi cara y creo que le vale, nos invita más café y sé que debo soplarme los desaguisados amorosos de Basilio y las enseñanzas de Malena. ▀